

XIII. DERECHOS HUMANOS Y LITERATURA

171

LA MASACRE DE XAMÁN

Rigoberta Menchu Tum 173

DERECHOS HUMANOS Y LITERATURA



Ceremonia de Inauguración del Jardín de la Mujer

En el orden de costumbre: Lic. Miguel Ángel Estrada Valdez, Segundo Visitador General de la Comisión de Derechos Humanos del Estado de México; Profra. Rocío Márquez Páez, Quinta Regidora del H. Ayuntamiento de Toluca, México; Profra. María Ávila Pedraza, Jefa del Departamento de Familia, Población y Participación de la Mujer, del Consejo Estatal de Población; Dip. Lic. Norma Patricia García Flores, Presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de la H. LIII Legislatura Estatal; M. en D. Miguel Ángel Contreras Nieto, Comisionado de los Derechos Humanos del Estado de México; Lic. Miguel Ángel Osorno Zarco, Primer Visitador General de la Comisión de Derechos Humanos del Estado de México; M. en D. Enrique Uribe Arzate, Tercer Visitador General de la Comisión de Derechos Humanos del Estado de México; Lic. Juan Manuel Zamora Vázquez, Quinto Visitador General de la Comisión de Derechos Humanos del Estado de México y Lic. Manuel Estrada González, Séptimo Visitador General de la Comisión de Derechos Humanos del Estado de México.

En el trigésimoprimer número de este Órgano Informativo se abrió espacio a un nuevo rubro que desde entonces lleva el nombre de Derechos Humanos y Literatura, enfocado fundamentalmente a destacar trabajos que por ese medio contribuyen a la cultura por el respeto a la dignidad humana. En esta ocasión y con motivo de los cinco decenios de promulgación de la Declaración Universal de Derechos Humanos, con todo y la serie de progresos y beneficios que la ciencia proporciona a la vida cotidiana, con la existencia y adopción de los instrumentos que conforman el llamado nuevo Derecho Internacional de los Derechos Humanos, con los esfuerzos de la sociedad civil que participa a través de organizaciones no gubernamentales, siguen cometándose actos en contra de la humanidad, crímenes perpetrados al amparo del poder político y económico, sin ninguna consideración por la condición de las víctimas: mujeres, ancianos, niños indefensos, indígenas, personas cuyo único crimen ha sido estar en el lugar y momento equivocados.

Para este número se ha seleccionado un texto que testimonia un hecho ocurrido muy recientemente, texto que habla de la muerte, de la arbitrariedad, de la injusticia, del grado de deshumanización al que puede llegarse aún hoy, pero que también habla de la visión particular que tienen los indígenas de los sueños, del sufrimiento, de la vida, de lo mucho que podemos rescatar de esa cosmovisión espiritualmente rica; pero que sobre todo apela a la memoria, a la esperanza.

LA MASACRE DE XAMÁN*

Rigoberta Menchú Tum

Muchas gentes, en distintos lugares, me han dicho que nunca o sólo muy raras veces recuerdan sus sueños. A mi eso me extraña porque desde chiquita siempre me acuerdo de lo que sueño y pienso en ello. En mis recuerdos más lejanos de nuestra casita en Laj Chimel, posiblemente antes de que naciera mi hermana Anita, guardo memoria de que al despertar por las mañanas hablábamos sobre lo que habíamos soñado y alguno de mis padres, sobre todo mi mamá, nos explicaba su significado. Nos enseñaron que no todos los sueños se cuentan en público. Que algunos sueños sólo hay que contarlos a las personas más cercanas y otros hay que guardarlos en el corazón, recordarlos y atenerse a sus consecuencias. Porque no todos los sueños se pueden interpretar. Durante toda mi vida, los sueños han sido importantes y muchas veces se han convertido en motivo de reflexión, de preocupaciones, de esperanzas.

La mañana del 5 de octubre de 1995 -estábamos en la ciudad de Madison durante un viaje de trabajo por Estados Unidos- me levanté con un dolor muscular insoportable. Entonces recordé que había tenido un sueño horrible en la madrugada. Tuve un sueño pero sobre todo un sentimiento y un dolor muy grande. Al ver a Dorita, que me acompañaba en la gira, le dije: “¡A saber cuántos niños han sido paridos en esta noche!”. Yo no pensé en la muerte, pensé en la vida. “A saber cuántos niños han sido paridos en esta noche y tal vez

* Tomado del libro *Rigoberta: la nieta de los mayas*, de Rigoberta Menchú, publicado por Editorial Aguilar, en 1998.

a alguno le pusieron mi nombre. Y quién sabe si yo tuve que ayudar a esas madres a parir esos hijos". Tenía mucho dolor. Empezamos una larga jornada, como siempre, llena de entrevistas, conferencias y charlas. Por fin, fuimos a comer con un grupo de amigos.

De pronto iniciamos una conversación sobre los refugiados. Y empezamos a recordar a don Juan Coc, el respetado dirigente de los refugiados que retornaron a Guatemala a la finca Xamán. Mientras tomábamos el café, empezamos a hablar de don Juan Coc y de la maravillosa fuerza de la vida. Recordamos cómo él había podido contener una enfermedad mortal y mantenerse frente a su pueblo hasta conducirlo a las tierras largamente soñadas. Murió muy poco tiempo después sin tener siquiera tiempo para saborear la primera cosecha que recogieron sus hermanos. La conversación se prolongó. En eso, entre las tres y las cuatro de la tarde, recibimos la primera noticia de la masacre. Yo me quedé perturbada y sorprendida. Sentía escalofríos por todo el cuerpo. No podía creerlo. En poco tiempo esa dolorosa información dio la vuelta al mundo.

Mi reacción fue de profunda amargura e indignación. Había querido creer que las historias de masacres, que las historias de la tierra arrasada eran trágicas memorias del pasado. En cambio, una patrulla de militares del Ejército de Guatemala había entrado a la comunidad de Xamán y, en circunstancias inexplicables, había abierto fuego contra la gente que se preparaba para celebrar una fiesta. Más de diez muertos y más de veinticinco heridos, incluso niños, mujeres y ancianos, eran el resultado trágico de este acto de barbarie, de esta nueva masacre contra la gente más humilde de mi pueblo.

Hace bastantes años, tal vez unos doce o trece, que conozco a la gente de Xamán. Los conocí cuando llegaron como refugiados a México. Habían caminado uno o dos meses por las montañas, sin zapatos, sin comida, sin esperanza. Cargaban con sus hijitos y sus pocas pertenencias. Acababan de escaparse de la muerte. Muchas personas contaban que dejaron enterrados, algunas veces insepultos, los cadáveres de sus hijos, de sus esposos y de sus esposas en el corazón de la selva, en medio de los barrancos. Sólo Dios sabe en qué parte se habrán quedado sus muertos. Narraban con profundo dolor cómo vieron sus casitas cubiertas por las llamas, cómo los soldados destruyeron todo lo que les había pertenecido.

Así conocí a muchos de ellos, cuando estaban llegando para iniciar una historia de tristezas, de nostalgias y de grandes recuerdos en algún campamento de refugiados en México. No cargaban nada más que su dignidad, su verdad y su orgullo de vivir. Jamás olvidaré a don Juan Coc, que era un líder q'eqchi'. Más que un líder era un hombre sabio, muy sensible. No en el sentido del estereotipo que nos ponen encima a los indígenas según el cual todos somos naturales y sensibles. Él era un hombre de grande y profunda espiritualidad. Tenía algunos dones especiales, no de todos.

Como refugiados sobrevivientes, exiliados, víctimas de la guerra, no nos quedó otro camino más que trabajar y luchar incansablemente por muchos años. Sobrevivir y esperar a que llegara el día de retornar con dignidad. Sabíamos que toda la gente tenía un gran sueño. Volver a la tierra, volver a Guatemala. El 8 de octubre de 1992 se firmaron los acuerdos para el retorno de los refugiados entre los representantes de éstos y el Gobierno

de la República. Se abrieron nuestras esperanzas por un retorno organizado, con seguridad y con dignidad. Don Juan Coc fue uno de los firmantes de esos acuerdos.

Para don Juan Coc la única ilusión era que regresara su gente, que encontrara la tierra para vivir y trabajar y que volviera a renacer la vida, que volviera a renacer en la estabilidad. Nosotros la apoyamos para encontrar y negociar la finca Xamán, en Alta Verapaz, que fue escogida por la comunidad como la más adecuada. Al final de cuentas el Gobierno compró las tierras. Pero la negociación fue muy complicada. La gente tuvo que esperar con mucha paciencia más de un año en un lugar temporal antes de poder fundar su propia comunidad. Un lugar en donde reposara la memoria de sus nietos, la memoria de las generaciones venideras. La mayoría de hermanas y hermanos de la comunidad provenían de distintos lugares y muchos hubieran querido volver a su tierra natal. Allí había gente mam, q'eqchi' y k'anjobal. Cuando por fin fueron dueños de la finca Xamán, la bautizaron con el nombre de Aurora 8 de octubre y nació una esperanza muy fuerte. Porque allí la *santa tierra* produce maíz, produce café, hule, cardamomo y otros productos no tradicionales que pueden darle a la gente una vida digna. Sobre todo productos que no dañan a la naturaleza de esta zona. Nosotros asumimos totalmente el compromiso de ayudar en la reconstrucción y la urbanización de Xamán, trabajando con gente tan hermosa y solidaria como Médicos del Mundo de España, con el fin de instalar inmediatamente los servicios de salud más urgentes. ¿Cómo garantizar y atender la salud y una educación adecuada a los niños, a los adolescentes que tienen triple identidad? Por un lado son mayas que hablan tres idiomas diferentes, son guatemalteco-mexicanos o mexicano-guatemaltecos. Pero, por otro lado, son simplemente hijos de refugiados que no han echado raíz en ninguna parte. Cuando llegaron a México los niños preguntaban: “¿Y cuándo vamos a volver a casa?”. Sus papás les respondían: “Muy pronto. Sólo esperaremos que se mejore un poco la situación”. Ese poquito de espera se convirtió en doce y hasta trece años de exilio. Tal vez la fuerza de la familia y de los grandes valores de la comunidad, la fuerza de nuestra cultura maya les haya dado a ellos la base para ser niños y jóvenes normales.

Las doscientas familias que regresaron del refugio en México encontraron en Xamán a un poco más de cincuenta familias q'eqchies que tiempo atrás habían ocupado algunos terrenos de la finca. Se produjo una negociación muy hermosa hasta llegar a un pleno acuerdo entre quienes vivían allí, acusados de invasores, y los que llegaban como nuevos propietarios de la tierra. Juntos formaron la cooperativa La Unión Maya y los sueños comunes fueron más grandes todavía. Y ahí estuvimos, afortunadamente acompañando a nuestras hermanas y hermanos en ese camino de esperanza. El mensaje de reconciliación era claro y directo, sobre todo cuando el Ejército seguía acusando a los retornados de ser sustento de la guerrilla, al mismo tiempo que la insurgencia desconfiaba de quienes pretendían pensar con su propia cabeza. Quiero decir con todo esto que nuestro interés por Xamán no surge ante la infamia de la masacre. Durante años hemos trabajado hombro con hombro con la mayoría de los que fueron asesinados o quedaron heridos. Tal vez por eso duele más profundamente. Y la misma pregunta repetida muchas veces: ¿Por qué? Xamán dejó de ser zona de conflicto armado desde el año 85 u 86. En general es una región pacífica, y quienes retornaron del refugio supieron evitar cualquier confrontación con sus nuevos vecinos. Por el contrario, pusieron sus pocos recursos -la escuelita y la clínica, por ejemplo- al servicio de sus hermanos de las aldeas cercanas.

Todo eso, a pesar de que el Ejército creó un clima de tensión y enfrentamiento antes de que regresaran los refugiados diciendo en las comunidades de Chisec -a ese municipio pertenece Xamán- que se trataba de guerrilleros que vendrían a reavivar la guerra y que, por lo tanto, eran enemigos. Pero las raíces comunes han sido más poderosas. La humildad de nuestra gente y la inmensa pobreza de ambas comunidades son iguales y, poco a poco, se han venido construyendo relaciones pacíficas entre comunidades mayas que comparten un mismo territorio.

Sin embargo, muchas cosas malas han caído sobre Xamán desde que retornaron los que tuvieron que pasar tantos años en el refugio. Don Juan Coc, su guía, su k'amal b'e, el que va adelante de los demás, tenía leucemia, una enfermedad feroz que lo podía haber matado varios años atrás. Pero su fuerza radicaba en el compromiso de conducir a su pueblo hasta la madre Tierra. Hasta el lugar donde nadie sería extranjero, refugiado o víctima de algo. Aguantó muchísimo. Nosotros mismos no entendíamos cómo un campesino humilde y pobre que no tenía forma de lavar frecuentemente su sangre, porque la leucemia avanzaba cada vez más, aguantó y soportó hasta que le alcanzaron las fuerzas para llegar. La gente se reubicó y él se despidió de ellos. Es el primer muerto que bendijo el camposanto de Xamán.

Unos meses después ocurrió un desastre natural. Hubo un viento huracanado y levantó todos los techos de las humildes casas, las pocas cosas, las pocas láminas que tenía la gente. El 16 de abril de 1995 a las ocho de la noche empezó la tormenta y duró más de tres horas. Lloraban los niños, aullaban los perros y gritaban las gentes. La gente estaba desconcertada, la naturaleza les había demostrado su grandeza, su agresividad, su poder. Pasaron una larga noche de desamparo total, de miedo y de pena. Cuando ocurrió eso, yo hablé con algunos líderes de Xamán para decirles que tal vez lo que faltaba allí era una oración, sus plegarias a la Tierra. Era como el compromiso de todos para honrar esa nueva tierra, esa nueva comunidad. Como que faltaba un poco de humildad para tratar de bendecir la Tierra como se hacía antes en nuestros pueblos. Quemarle su pom, sus candelas y darle su *cuxa*. "Pedirle permiso a la madre Tierra", decían nuestros padres.

Empezó a salir adelante Xamán. Habíamos terminado de dividir en lotes el centro urbano, se estaba ya instalando el servicio telefónico. Se siguió buscando un mejor mercado para el hule y el cardamomo que produce la cooperativa y se comenzó a trabajar en la construcción de viviendas formales y dignas.

A principios de septiembre nos reunimos con varios de los líderes de la comunidad para apoyarlos en la organización de la fiesta de su primer aniversario, el 8 de octubre. Se contemplaba realizar una gran fiesta. Convocar a los representantes de los retornados de las distintas regiones. Pensamos invitar a una buena cantidad de pueblos vecinos. Se habían planeado encuentros de fútbol y otros juegos deportivos. Habíamos pensado que varias marimbas de comunidades cercanas deberían tocar en esa fiesta y que teníamos que lograr que fuera una fiesta muy grande. Había doce niños que iban a ser bautizados, había otros niños y jóvenes que tenían que ser confirmados en la religión católica. Había que hacer todo en ese día. Desde el 7 de octubre se empezarían las ceremonias para agradecer este gran día de aniversario. Cuando hay festejos como éste, la comunidad

aprovecha para cambiar sus autoridades y reafirmar el papel de sus líderes. Se reúnen los catequistas, las mujeres, los jóvenes. Todos estábamos seguros de que iba a ser una fecha memorable. Muchos analistas y muchas instituciones entendían que la experiencia de Xamán podría ser un modelo de retorno para otros refugiados. Primero, por el aspecto de reconciliación; segundo, porque se logró en tan corto tiempo que la comunidad empezara a levantarse con un gran nivel de organización. Un modelo para las otras comunidades cercanas, porque los recién llegados rápido empezaron a dar servicio médico a sus vecinos. Muchas comunidades habían acudido a buscar medicinas en este nuevo pueblito y vieron el ejemplo de que con la conciencia y el esfuerzo de la misma gente se puede lograr una vida digna. La esperanza que se estaba depositando era muy grande. Mucha gente había ido a conocer algo de esas esperanzadoras experiencias en la nueva comunidad a la que sus pobladores bautizaron con el sonoro nombre de Aurora 8 de octubre. Por eso, ante la matanza y la reiterada pregunta del por qué de esa nueva infamia en contra de la gente tan humilde, en contra de una comunidad indígena que a diario buscaba cicatrizar tantas heridas de la crueldad que ha vivido, no se puede dejar de pensar que ahí se cometió una infamia, un hecho de profunda maldad.

Ese jueves 5 de octubre de 1995 a eso del mediodía, mientras la mayoría de los pobladores de la comunidad de Xamán se dedicaba a sus trabajos habituales y otros, los de las comisiones encargadas, se afanaban en terminar de construir una enorme galera que serviría para el baile de aniversario, llegaron las noticias iniciales de la presencia de soldados armados dentro de la comunidad. Fueron los niños que salían de la escuela los primeros en verlos. En cualquier lugar donde los militares se asoman, causan pánico, sobre todo a quienes ya han sido víctimas de sus atropellos.

Luego algunas mujeres confirmaron la información de que un grupo numeroso de militares caminaba por el bosque que rodea el casco urbano de la cooperativa. Cuatro dirigentes de la comunidad salieron a buscar a los soldados para hablar con ellos y pedirles que se retiraran. A lo largo de un año de estancia en Xamán ésa era la primera vez que el Ejército penetraba a la finca, que es propiedad privada de la cooperativa.

A los pocos minutos, dentro del bosque, los dirigentes se toparon con veinticinco soldados bajo el mando de un subteniente. Todos los soldados, incluido el jefe, eran indígenas y jóvenes igual que ellos. Al hacerles ver que al entrar sin permiso a la finca estaban violando uno de los acuerdos firmados entre el Gobierno de Guatemala y los refugiados en octubre del 92, el subteniente Antonio Lacán Chaclán, que se identificó como jefe de la unidad, dijo que ellos sabían que se iba a celebrar una fiesta y que llegaban para participar. Los dirigentes les pidieron a los militares que salieran inmediatamente de los terrenos de la cooperativa. Les explicaron que la comunidad no aceptaría su presencia y que ésta más bien causaría miedo o intranquilidad. El oficial se negó diciendo que ellos habían sido invitados a la fiesta.

Tres mujeres mayores llegaron hasta donde hablaban los dos grupos. Al oír los argumentos del jefe militar dijeron indignadas que no era correcto que los dirigentes estuvieran tratando con los soldados en medio de la montaña. Muy enojadas exigieron

que todos se fueran hasta el centro del pueblo y que se hablara frente a toda la comunidad. Así es como se trasladaron al centro de la comunidad.

Ya en el corazón del centro urbano, en el terreno reservado para construir la escuela, se comenzó a reunir la gente, en su mayoría mujeres y niños. Los dirigentes empezaron a llamar por un altavoz a los vecinos de los diferentes barrios, donde conviven familias que hablan el mismo idioma maya. Poco a poco creció el grupo hasta componer unas doscientas cincuenta o trescientas personas. Una mujer mam muy hermosa y creativa, llamada Rosenda Sales, llevó una cámara fotográfica y tomó varias fotografías donde se pueden ver los rostros de niños, mujeres, ancianos y pocos hombres jóvenes que formaban una media luna en torno a los soldados armados. Esas fotos son muy tristes. Todos, soldados y pobladores, son hermanos indígenas. En la investigación que realizamos posteriormente encontramos que varios de los soldados fueron registrados por la fuerza cuando tenían catorce y quince años. La mayoría de los militares son muy jóvenes, algunos casi niños. En las fotos se ven las armas de guerra -fusiles, ametralladoras, lanzagranadas-, listas para ser usadas en contra de la población civil desarmada e indefensa. Ojos de niñitos asustados, viendo con curiosidad a quienes unos minutos después serían sus verdugos.

El subteniente volvió a repetir sus argumentos. Los dirigentes insistían en exigir su salida inmediata de la cooperativa. Las mujeres, algunas de ellas enfurecidas, gritaban que los soldados no debían salir hasta que llegaran los observadores de la Organización de las Naciones Unidas (MINUGUA) y quedara apuntado en un papel que se había cometido esa violación a los acuerdos. Y que los soldados habían incursionado ilegalmente en una propiedad privada. Muchos recuerdos terribles se agolpaban en la cabeza de quienes sobrevivieron al arrasamiento de sus aldeas trece o catorce años atrás. Aumentaron los gritos y los reclamos, especialmente de las mujeres. Algunos comenzaron a exigir que los soldados pusieran sus armas en el suelo mientras llegaban los funcionarios de MINUGUA. El ambiente se puso tenso en pocos minutos. Varios de los testigos afirman que vieron al jefe de la patrulla militar comunicarse por radio con alguien. Los mismos aseguran que unos instantes después lo vieron hacer una señal a sus soldados con el pañuelo rojo que llevaba en el cuello.

Y ahí empezó la matanza. Los soldados comenzaron a disparar sus fusiles en todas direcciones. Las primeras en caer muertas fueron las mujeres que estaban protestando frente a los militares. Pedro Medina, un joven y querido dirigente, cayó herido y fue rematado en el suelo cuando trataba de incorporarse. La niña Maurilia Coc Max, de apenas siete años de edad, fue asesinada por la espalda mientras corría hacia donde desesperadamente la llamaba su padre para que se pusiera a salvo. En medio de gritos de angustia y terror se escuchó la explosión de dos granadas. Tres soldados que quedaron en medio de la gente que huía llena de pánico fueron heridos en las piernas por los disparos de los soldados que estaban más alejados. A los soldados no les importó la suerte de sus propios compañeros que se quedaron perdidos entre la multitud. Imágenes terribles de mujeres corriendo bajo las balas, con un hijo recién nacido amarrado a la espalda y arrastrando de las manitas a otros dos niños pequeños. Todos corrían de un lado a otro buscando salvar la vida. Fernando Chop, un joven maestro de diecisiete años -muy querido

porque desde los catorce años comenzó a cumplir con su vocación de educador-, recibió dos tiros en la espalda cuando corría y casi se había puesto a salvo. Varios de los heridos fueron rematados en el suelo en los momentos en que Lacán Chaclán comenzó a dar a gritos la orden de retirada. Parecía que no era la primera vez que les tocaba rematar a alguien en agonía.

La mayoría de los heridos trataron de refugiarse en sus casas. Algunos de los más graves se arrastraban hacia la clínica de Médicos del Mundo en busca de auxilio. Rosenda, gravemente herida en un pie y con esquirlas incrustadas en las piernas, logró salvar la cámara con las valiosas fotografías. Alguien vio el reloj: pasaban diez minutos de las dos de la tarde de un día terrible. Una nueva pesadilla de sangre, una nueva herida en la memoria de un pueblo maya. Los soldados corrían desordenadamente disparando sobre las casas que encontraban a su paso. Bastante lejos del lugar de la masacre, uno de los grupos de militares que se retiraba se encontró con Santiago Tut Pop, un niño q'eqchi' de apenas ocho años de edad. Santiaguito estaba jugando a pescar en un pequeño arroyo y traía una vara y un hilo en la mano. Al ver a los soldados corrió por el camino hacia su casa. Un primer disparo le desgajó la mano y el antebrazo, pero siguió corriendo mientras gritaba de dolor y llamaba a su mamá; un segundo disparo le penetró por la espalda y otro le destrozó la cabeza. Santiago cayó muerto a la orilla del camino. A su lado quedó la varita de pescador de ilusiones. Una y otra vez los sobrevivientes y los testigos me han relatado con profundo dolor lo ocurrido; una y otra vez he visto y oído los llantos de la comunidad y de las víctimas.

Ocho cadáveres quedaron tirados en el lugar de la masacre. Maurilia murió en la clínica de la comunidad donde trataron desesperadamente de salvarle la vida. El cuerpecito de Santiago, lejos, a la orilla del camino. Fernando Chop, el niño maestro, murió al día siguiente en un hospital al que fue trasladado. El saldo terrible de la infamia: once muertos y veintiséis heridos en aquel jueves 5 de octubre que amaneció con la alegría de los preparativos para la gran fiesta. Como dos horas y media más tarde empezaron a llegar uno tras otro los helicópteros y la imagen de dolor de nuestra gente dio la vuelta al mundo.

Esa misma noche, mientras los heridos eran trasladados en helicópteros a hospitales de la capital, el Gobierno hizo pública su versión de los hechos por boca del ministro de la Defensa. Con el mayor cinismo, el general Mario Enríquez dijo que una patrulla militar había sido atacada por la población en Xamán. Hizo el absurdo relato de cómo unas agresivas mujeres le habían arrebatado las armas a los soldados con las cuales comenzaron a disparar sin control ya que no sabían utilizarlas. El resultado, según el descarado general, fueron los muertos y heridos dentro de la población. El general asumía su verdad sobre la masacre como si él personalmente hubiera estado allí. Por supuesto que esa versión no se la creyó nadie y sólo sirvió para profundizar el clima de repudio a este hecho vil y salvaje.

Inmediatamente cancelé mi gira de trabajo en Estados Unidos y buscamos con Dorita el primer avión que nos llevara de regreso a Guatemala. Le pedí a Gustavo, el director de nuestra fundación, que se trasladara de inmediato a Xamán y tomara las medidas que fueran necesarias para patentizar nuestra solidaridad con la comunidad. En las primeras

horas de la mañana del día 6, Gustavo encontró los cuerpos de los masacrados en el mismo lugar donde los habían matado. Las escenas de amargura y de dolor eran desgarradoras. Familias completas lloraban junto a sus difuntos, mientras rezaban y encendían sus candelas. Los niños y los jóvenes grababan en su memoria un hecho sangriento, sin explicación. El cuerpecito de Santiago permanecía tirado en la misma cuneta, a la par del camino, como muestra terrible del grado de maldad y deshumanización que el Ejército ha podido sembrar en el corazón de jóvenes soldados que un día fueron reclutados a la fuerza como ganado, fueron entrenados con crueldad y que tal vez nunca podrán pagar su deuda para con su pueblo.

Mientras tanto, el fiscal del Ministerio Público y el juez de paz de Chisec recogían pruebas de manera superficial y descuidada. No dieron ninguna instrucción a la comunidad para conservar y proteger las pruebas y el lugar de la masacre, no cercaron el área donde permanecían los muertos, mezclaban dentro de una bolsa los numerosos casquillos de balas que la gente recogía e inocentemente les entregaba. Gustavo preguntó el nombre del fiscal y se llevó la sorpresa de que se trataba de un tal Alcides, el mismo que, siendo juez, ordenó mi captura e intentó encarcelarme en 1988 cuando regresé por primera vez a mi tierra. Nuevamente se cruzaban nuestros caminos, pero esta vez en circunstancias más terribles. Obviamente este juez verdugo no había cambiado mucho. Los testimonios de la gente indican que él hacía todo lo posible para borrar las evidencias de la masacre.

Ese día ocurrió algo que refleja claramente el temple de la comunidad de Xamán. En medio del dolor generalizado, los dirigentes consultaron la opinión de las familias de las víctimas y del resto de la comunidad y tomaron la decisión de seguir adelante con la celebración de su primer aniversario. La vida tiene que triunfar sobre la muerte, decían y proclamaban que la fiesta sería la mejor forma de decirles a sus verdugos que habían fracasado en su intento de matar la fe y la esperanza del pueblo de don Juan Coc. Llegué a Xamán después de haber anunciado públicamente que aceptaba la petición de la comunidad de representarlos como acusadora y participar directamente en el proceso judicial que debía iniciarse. Dije ante la prensa que buscaríamos el castigo legal contra los hechos materiales y los autores intelectuales de ese acto de barbarie. Lo reafirmé ante todo el mundo y ante la comunidad cuando llegó ese esperado día 7 de octubre. Jamás podré olvidar esa ceremonia donde fueron bautizados doce pequeños niños, a la par de los ataúdes de los asesinados. Donde se lloraba de dolor por la injusticia y la muerte, al mismo tiempo que se le daba gracias al Corazón del Cielo y de la Tierra por el milagro de la vida. Las cajas de los muertos estaban llenas de flores, rodeadas de candelas y veladoras. Mujeres y niños lloraban a gritos, otros rezaban en voz alta, otros quemaban el *pom*, otros cantando himnos religiosos, otros estaban callados. Y todo ocurría en aquel lugar tan especialmente bello: un pequeño valle quebrado, lleno de suaves lomas y cruzado por muchos arroyos, rodeado por los cerros de la montaña selvática en la que se oye la alegría de los loros y las guacamayas, junto al aullido imponente de los monos saraguates. Allí quedó sellado el compromiso de hermandad entre esta humilde mujer maya y esa comunidad ejemplar.

La decisión de involucrarme como acusadora particular -"querellante adhesiva" es el nombre técnico- no fue fácil.

Sabía que estaba asumiendo una responsabilidad grande y riesgosa en la que, por una parte, tendría que encararme a un sistema judicial corrupto e inoperante, a la par de enfrentarme de manera directa con el Ejército. Muchos pensaban que se trataba de una empresa perdida de antemano. Era el momento de caminar por los laberintos de la justicia y codearse con los laberintos de la impunidad. Lo medité, escuché opiniones, pedí consejos. Mi determinación quedó clara. Había que hacerlo por muchas razones: por el derecho de las víctimas a la justicia; porque por primera vez se podía llevar ante los tribunales a los responsables de una masacre; por la obligación moral de luchar contra la impunidad: Y una de las razones más importantes, a la larga, fue la de transmitir un mensaje educativo sobre la necesidad de fortalecer el camino de la legalidad, de participar en la construcción del Estado de derecho. Toda mi vida uní mi voz a la lucha contra la impunidad. Pero bien diferente fue tener el valor de pasar días y días de un tribunal a otro, presentar un memorial tras otro, leer y aplicar párrafo por párrafo los artículos del código procesal penal y la Constitución nacional.

Al momento de escribir estas reflexiones ha transcurrido más de año y medio desde que ocurrió la masacre. El proceso judicial todavía no termina y no está plenamente asegurado que al final se hará justicia. Ha sido un camino lleno de amenazas, obstáculos y trampas. Luchamos contra el Fuero Militar, que no era otra cosa que el trapo sucio de la impunidad con el que se tapaban los militares, y lo derrotamos. Nos han hecho la vida imposible pero logramos que los militares no juzgaran sus propios crímenes. Ahora el juicio está en los tribunales civiles. Nos hemos enfrentado -y lo seguimos haciendo- contra la corrupción de jueces y tribunales acostumbrados a someterse a los poderosos y vender la justicia al que pague más. Nos ha tocado superar una a una todas las artimañas de los abogados defensores, que durante años han combinado las amenazas, el soborno y el retorcimiento de la ley para dejar en la impunidad los crímenes de sus defendidos. Con nuestra propias investigaciones hemos ido superando la desaparición y destrucción de pruebas que han cometido organismos del Ejército y algunos de los propios funcionarios encargados de impartir justicia. Hemos tenido que buscar y contratar a los asesores y a los peritos técnicos necesarios para superar las fallas y las omisiones de los organismos correspondientes. Y nos hemos llenado de deudas para poder cubrir los costos económicos de un proceso judicial largo y complicado. Debo rendir homenaje a los fiscales del Ministerio Público y a los jueces honrados con quienes hemos hecho frente a las dificultades. Las amenazas y las provocaciones siguen siendo cosa de todos los días.

Y, a pesar de todo, poco a poco se han venido cumpliendo los objetivos que nos trazamos. Nos hemos apoyado mutuamente con otras hermanas y hermanos que están en la misma lucha por la justicia. Así nació la Alianza contra la Impunidad y juntos encontramos la fuerza para seguir adelante. La comunidad de Xamán y, en particular, los sobrevivientes de la masacre han mantenido el mismo espíritu que les transmitió don Juan Coc y, a pesar de las adversidades, continúan trabajando con esperanza en el futuro. Tienen fe en que se hará justicia en el difícil proceso legal que les ha tocado llevar durante más de año y medio. En el lugar donde ocurrió la matanza se edificó una hermosa escuela de seis aulas, donde los niños de la comunidad estudian repartidos en dos jornadas diarias. Es la única manera de no olvidar a los masacrados.

Si se ve la experiencia con ojos jurídicos, se han logrado cosas muy importantes: el golpe frontal a la impunidad representada en el Fuero Militar; llevar a la cárcel y abrir un juicio legal, por primera vez en Guatemala, a los responsables materiales de una masacre; lograr por primera vez la calificación del delito de *ejecución extrajudicial*; hacer regresar a la cárcel a varios de los soldados y al oficial que los mandaba, que habían sido dejados en libertad condicional por un juez corrupto. Se logró sacar a ese juez corrupto de su silla, aunque no logramos que fuera castigado por la ley; y haber ido derrotando uno a uno los trucos y trampas legales utilizadas por los abogados militares de la defensa. Estoy convencida de que todo este esfuerzo va contribuyendo a la construcción de la Guatemala que tanto hemos soñado. Y para lograrlo se ha necesitado de la sabiduría, abnegación y valentía de mucha gente. Dos personas han dejado una huella muy profunda en este camino. Una mujer pequeñita de estatura, pero muy grande por su valor e inteligencia, la abogada guatemalteca María Estela López Funes, que ha llevado todo el peso de la conducción del juicio. Y un hombre, argentino de nacimiento e hijo de nuestra América por vocación, el doctor Eduardo Salerno, que ha sido fundamental con su experiencia y talento para trazar el camino correcto en medio de tantos obstáculos y peligros. Personas de la calidad ética y moral de ellos, gente como don Juan Coc, me ayudan cada día a reafirmar la convicción de que podremos construir un mundo más justo y humano. Me ayudan también a fortalecer la utopía de la interculturalidad. No puedo asegurar que al final derrotaremos a la impunidad en este caso y que habrá justicia para las víctimas. No sé a ciencia cierta si lograremos identificar y enjuiciar a los autores intelectuales de la masacre de Xamán. Lo que sí puedo afirmar con seguridad es que todo este esfuerzo ha valido la pena, que somos muchos -la mayoría- las mujeres y los hombres, los indígenas y los ladinos que queremos terminar con la impunidad. También con eso he soñado muchas veces.